

JESUCRISTO: DIOS Y HOMBRE, ÚNICO SALVADOR

Dios es uno solo en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En el Credo profesamos la fe en "Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos... Dios verdadero, de la misma naturaleza del Padre, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación, se hizo hombre".

1- Jesús es Dios y hombre verdadero. El Dios-Hijo, o sea, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, se encarnó en las puras entrañas de María. De manera que en Jesús encontramos la unión de dos naturalezas: la naturaleza divina y la naturaleza humana, en una sola Persona, la Persona del Hijo de Dios. El Hijo de Dios se unió al hombre Jesús desde que éste fue concebido en el seno materno; o sea, desde la anunciación del Arcángel Gabriel a María. De manera que el Hijo de Dios se sometió a un proceso de gestación en el vientre de María, y a un nacimiento natural.

La Segunda Persona de la Santísima Trinidad, que existe desde siempre, asumió en Sí la naturaleza humana de Jesús, hace 2000 años. De ahí que Jesucristo sea, al mismo tiempo, Dios verdadero y hombre verdadero. Es lo más asombroso que ha sucedido en la Historia. Si tú crees esto, eres cristiano. La 2ª Persona de la Trinidad, el Hijo, existe desde siempre; pero Jesucristo, el Hijo hecho hombre, tiene fecha y lugar de nacimiento.

"En Cristo habita la plenitud de la divinidad corporalmente" (Col 2,9-10). Significa que cuando Jesús dice 'yo' es la segunda Persona de la Trinidad quien dice 'yo'. Este es el presupuesto para que la entrega de Jesucristo por nosotros y por todos los hombres hasta la muerte en la cruz tenga efectivamente valor salvador. Si Jesús no fuera Dios y hombre verdadero, su muerte no sería salvadora. Y la resurrección no habría sido posible. Ahora, los seres humanos, por medio de Cristo, tenemos acceso al Padre y, unidos al Hijo, podemos ser hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina.

Las palabras y las obras de Jesús son palabras de la Segunda Persona de la Trinidad y por eso llevan en sí la plenitud de la revelación de los caminos de salvación.

2- Es distinta la fe cristiana, de las creencias de las otras religiones. En las otras religiones, el hombre camina, entre acierto y errores, a la búsqueda de Dios con sus propios medios que resultan insuficientes para propósitos tan elevados. En el cristianismo, es Dios mismo el que sale al encuentro del hombre que lo busca: Dios se revela, se da a conocer. La fe cristiana consiste en acoger la verdad revelada por Dios.

Los textos sagrados de otras religiones pueden contener elementos positivos. Pero libros propiamente inspirados por el Espíritu Santo, son únicamente los del Antiguo y Nuevo Testamento. Éstos, tienen a Dios como autor y enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso revelar para nuestra salvación.

3- Jesucristo es el único Señor y Salvador. *"Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos"* (Hch 4,12). *"Porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos"* (1Tm 2,4-6).

Esto no impide que María Santísima pueda interceder por nosotros delante de Jesús, como sucedió en las Bodas de Caná (Jn 2,3-9). Algo semejante sucede con los santos.

4- Encuentro personal con Jesucristo vivo. La falta de un encuentro personal con Jesucristo Vivo es una de las principales causas de la superficialidad en la fe del católico. Superficialidad e ignorancia que ha llevado a muchos a abandonar el catolicismo. Jesucristo murió por todos. Pero su muerte sería inútil para mí y para ti, si no la hacemos propia con el encuentro personal. Lo cual tiene lugar por la fe (que implica cambio de vida), y por el Bautismo (Hch 2,37-38).

Los Evangelios relatan numerosos encuentros de Jesús con hombres y mujeres de su tiempo. Una característica de estos episodios es la fuerza transformadora que tienen ya que abren un auténtico proceso de conversión, comunión y solidaridad.

a) En el encuentro con la samaritana (Jn 4,5-42), Jesús le habla del agua viva. *“Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: ‘Dame de beber’, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva”. “Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna”.* Así suscita en ella la súplica: *“Señor, dame esa agua para que no tenga más sed”* y luego se sintió impulsada a anunciar a sus conciudadanos que ha descubierto al Mesías.

b) Cuando Jesús encuentra a Zaqueo (Lc 19,1-10), éste consciente de las injusticias que ha cometido, decide devolver con creces a quienes había defraudado. Además, asume una actitud de desprendimiento de las cosas materiales, y de caridad hacia los necesitados. *“Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo”.*

c) Gracias a su encuentro con Cristo resucitado, María Magdalena, de la cual habían salido 7 demonios (Lc 8 1-3), fue la primera en ver a Jesús resucitado (Jn 20,11-18). Jesús la envía a anunciar a los discípulos que Él ha resucitado: *“No me toques, que todavía no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios. Fue María Magdalena y dijo a los discípulos que había visto al Señor y que había dicho estas palabras”.*

d) Los discípulos de Emaús, después de encontrar al Señor resucitado, reconocen que su corazón les ardía cuando escuchaban sus explicaciones. Vuelven entonces a Jerusalén para contar a los apóstoles lo que les había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan (Lc 24,13-35).

e) En el camino de Damasco (Hch 9), Pablo se encontró con Cristo. Allí tuvo lugar el cambio radical de su existencia, de perseguidor en apóstol.

f) El encuentro de Jesús con los Apóstoles tiene una importancia especial, ya que resulta fundamental para la constitución de la Iglesia.

El encuentro personal con Cristo vivo conduce a la conversión permanente, a liberarse del pecado; a arrepentirse de los pecados y apartarse de ellos; a conocer más a Jesús, estudiando el Evangelio; a orar más; a cambiar nuestra vida por una vida nueva; a buscar que se cumpla su voluntad sobre nosotros; a recibirlo en los sacramentos y, así, unirnos a Él. La Eucaristía es el lugar privilegiado para el encuentro personal con Cristo vivo.